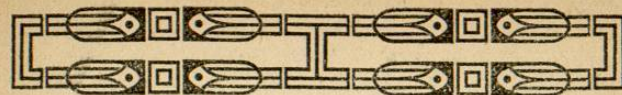


las cinco orquídeas triunfales, la única que estaba intacta, y observó que en la caída, la flor de oro y púrpura de la *Lælia*, había ido á estrellarse contra otra, y como era poeta, dijo: «¡Si de ti pudiera salir una semilla!» Y la semilla apareció tras de interminables días de espera. Tardó quince meses en madurar. Una vez sembrada la semilla en el musgo, necesitó seis años para convertirse en una hermosa planta.

Al fin floreció. Parémont veló muchas noches acechando la primera sonrisa de los pétalos que se entreabrían. ¡Oh, maravilla! la manchita roja se ha extendido; ya se ha hallado la flor híbrida roja. Parémont no la ha enseñado más que á contados amigos; dentro de tres ó cuatro años espera exponer en París una cesta llena de orquídeas «huracán». Y dice: «Aquella tormenta me hizo perder todo; nació un germen inesperado, y recobré lo perdido.»



XXIX

Las lecturas.

EL número de aficionados al arte ha aumentado considerablemente. En todas partes tropiezo con ellos. La hija de mi portera, muchacha instruída que no sabe quién es Dios, dice con toda exactitud, cincuenta años más, cincuenta años menos, los que tiene un bordado. Es una afición grande y general. Se miran más cuadros, se escucha más música que antes. Los placeres se han multiplicado y popularizado; no transforman las almas, no las iluminan sino por un instante; son fugitivos; pero, de esto no tienen la culpa los que los disfrutan, y yo estoy muy contenta de que sean tantos.

Contenta y algo asombrada. Cuando entro en la Exposición—no en la de otoño, en la de primavera—no puedo menos de pensar: «¡Cuántos pintores! ¡Cuántos aficionados! Cómo, toda esta multitud viene aquí arrastrada por la necesidad de admirar?» Sí, á su ma-

nera. Llena el *Gran Palais*, como otras veces llena los Invernaderos del *Cours le-Reine*; en ambas ocasiones contempla las flores. Los paisajes, los cuadros de género ó de historia, las pinturas decorativas, le producen la misma emoción que le han causado las begonias, las orquídeas, los geránios y los crisantemos; el placer de contemplar el rojo, el azul, el verde, el amarillo, la colocación de los macizos y la armonía de los grupos. Tanto aquí como allá, se goza en considerar la legumbre más hermosa del año. Lo monstruoso le hace reír. También lee nombres en los carteles. Y los recuerdos le son gratos. He aquí el progreso. Tenemos la vista más educada. Casi todos y casi todas somos pintores, y muchas expresiones reservadas antes para los estudios, circulan en la vida corriente. Cuando mi amiga Jacoba resume su opinión sobre un retrato, y me dice: «Mira, es una sinfonía en gris malva, deliciosa,» cree haberlo pensado. En lo que se equivoca. Pero, le ha deleitado el gris malva, seguramente.

Músicos también hay muchos, aunque no tantos, porque la música es un placer del cual no se disfruta así como así: es una alegría más espiritual, más íntima. Ahora bien, el recogimiento no es una cualidad que abunda en el siglo xx. Yo he asistido á muchos funerales y á muchas misas de velaciones y no he advertido semejante disposición ni en parientes ni en amigos. Y por el contrario, en las misas de alba de *Notre-Dame-des-Victoires*, en Montmartre y en los conciertos, he visto

personas completamente abstraídas. El recogimiento y la concentración del pensamiento en un tema sugerido, debe estudiarse los domingos por la tarde en los teatros en que las buenas orquestas ejecutan sinfonías. Tres mil, cuatro mil personas escuchan inmóviles, con la cabeza derecha si los dos oídos funcionan bien, inclinada sobre un hombro si uno de los oídos está un poquito torpe. La vida interior hállase pendiente de la batuta, y la mirada se ha suprimido. Es una ausencia universal y repentina. Ocho mil ojos permanecen abiertos, pero no ven, á menos que miren hacia adentro, hacia el espíritu profundamente turbado, envuelto en ligeras neblinas, como las que al amanecer suben de los lagos, de los estanques y hasta de las hondonadas en donde el agua parece agotada. Es necesario observar á los espectadores del último piso, de las localidades que son caras á pesar de todo, á esas gentes que se están de pie durante dos horas, ó sentadas en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y las piernas extendidas, ó amontonadas en la escalera. No se ven unos á otros. Hombres, mujeres, jóvenes, viejos, se han aislado completamente. ¡No les toquéis! ¡No les despertéis! Se hallan en un estado de fraternidad hostil; gozan indudablemente de la misma música, pero con un egoísmo agudo é irascible que desencadenaría un estornudo, una carcajada, un gesto inoportuno. No se mueven y todos viajan. Son arrasados por las mismas notas á sueños diferentes. Es un ascender constante de globos de los cuales son

cautivos algunos, y los restantes se elevan á prodigiosas alturas. Y si queréis juzgar y medir la distancia recorrida, observad, cuando termina la sinfonía, cómo van poco á poco serenándose las fisonomías; mirad todos esos rostros extáticos á los que torna la vida, como la sangre á una mano dormida. Los ausentes vuelven á encontrarse; parece que se saludan. Algunos, sin embargo, permanecen insensibles, dominados por el encanto de las notas desvanecidas. No se reaniman. Sus ojos siguen velados por las sombras; diríase que en la sala hay numerosos nihilistas.

Yo creo que esta doble educación del oído y de la vista, ha influido de una manera singular en el gusto literario de nuestra época. La multiplicación de aficionados á la pintura y á los deportes ha favorecido el buen éxito de la literatura descriptiva é impresionista, y no solamente me refiero á los libros de viajes, sino á las novelas y artículos que son puramente de adorno, en donde aparece una idea única, solitaria y malsana, ahogada por los perfumes y la luz. No los crítico. Á veces hasta me complazco en leer tales obras que sólo producen cansancio á una parte muy pequeña del espíritu. Son muy á propósito para nuestra curiosidad, nuestras secretas perezas, y nuestras languideces siempre dispuestas á mostrarse. Lo único que quiero hacer constar es que tienen una clientela numerosa, como nuestras exposiciones de pinturas. El aficionado á la pintura lo es también á la lectura. Y además, todos esos descriptivos son también músicos, y por esta cua-

lidad es por lo que nos cautivan. La música de las palabras hace que nos forjemos la ilusión de un pensamiento. Proporciona un placer en que el alma y el cuerpo se interesan al mismo tiempo; hipnotiza; hace creer á lectores muy discretos, por lo demás, que hay pensamientos oscuros como hay rayos invisibles, y que pasan junto á ellos, y que van á adivinarlos: no lo consiguen.

Lo confesaré ingenuamente,—y ¿por qué una solterona no ha de tener derecho á decir su opinión sobre los libros que lee?—Temo que esta literatura no dure mucho. Tengo miedo de que suceda con ella lo que con la tapia de mi jardín: no era vieja; estaba hecha de piedras superpuestas, sin argamasa, sin yeso, y el viento la derribó; no una tormenta ó un ciclón, sino una racha de viento que ni siquiera arrebató una hoja á los boneteros y á las encinas. Verdad es que ha habido grandes artistas que han escrito frases ininteligibles, destinadas á producir una simple sensación; pero sabían que lo hacían y aquello no era más que un accidente. Su estilo era muy distinto. Creían que un escritor es, ante todo, un hombre que piensa, y que la música de las palabras y la belleza de las imágenes deben servir para embellecer el pensamiento, pero no para sustituirle. Sabían que al lirismo hay que vigilarle. Estos son mis autores favoritos. Me entusiasma la solidez de su imaginación. ¡Hay tantos libros hueros! Me halaga que un hombre se haya tomado por mí el trabajo de reflexionar, de coordinar, de com-

poner, de no mostrar más que lo mejor de su espíritu; le agradezco que no me diga todo, que me deje algo que adivinar, un ovillo de lana, del cual me dirá sencillamente: «Aquí tiene usted el cabo, señorita; no tiene usted más que tirar.» Y hasta creo que este dominio de sí mismo es lo único que merece el nombre de belleza. Muchas veces oigo á mis amigas ponderar «la belleza» de un libro. Lo compró, y de cada tres veces dos no hallo más que crudezas de forma en una obra insulsa, mal planeada, por un cerebro débil que no tiene más que arrebatos y cóleras. Siempre me ha parecido que la belleza era una cualidad del conjunto.

Cuando he podido conseguir una noche de libertad, después de estar visitando, correteando y charlando todo el día, abro uno de esos libros que el asunto, el nombre del autor ó mis amigos me han recomendado. Si me habla del tiempo presente, de los seres que me rodean, de nuestras inquietudes, de nuestras esperanzas, de nuestras miserias, en fin, de mí misma, me convierto para él en una entusiasta amiga, le hablo, le interrogo, lo comento en voz alta. Si está escrito por un artista, entonces no leo, lo saboreo, y llega el caso de olvidar todo lo demás por gustar la frase. Este es uno de los placeres más grandes que conozco, y sería entretenida la crítica que clasificara la frase típica de cada autor. Cada escritor tiene la suya. Hay la frase crítica, el rectángulo alargado, una de las mejores formas clásicas; la rectilínea; la ojiva; la frase *cabochón*, ampulosa y enfática; el falso granito; el falso mármol

antiguo, tan extendido hoy; la frase latina, rica en cadencias y en circunloquios, y otras muchas. Un amigo me decía: «Aquí tiene usted los castaños, la flor es una obra de arte completa, el racimo es otra obra de arte, y también lo es la rama que lo sustenta, y el árbol entero se compone de arquitecturas perfectas armoniosamente combinadas.» Lo mismo puede decirse de un libro de verdadero mérito, y es una felicidad haberlo conocido. También lo es el reconocer, entre estas formas innúmeras, las que son completamente «de casa», las del genio francés, y seguir el filón, sin error posible, á través de los siglos. Á veces, leo media página y me quedo después contemplándola durante toda una noche, como un gran paisaje ó como un alma que tuviese ante mis ojos.

¡Interesante asunto! ¡Es de los que me apasionan! ¡Cuántos prejuicios funestos y ridículos á propósito de la lectura y de las lecturas! ¡Cuántas veces me he rebelado contra ellos! Me parece que me será fácil recordar todo: mis conversaciones, mis respuestas, mis indignaciones, mis discursos acudirán inmediatamente á mi pluma. ¡A cuántas mujeres no he dicho algo de lo que voy á exponer!

Hermanas mías, vosotras, las que leéis, no toméis jamás este arte de la lectura por una prueba de inteligencia, ni por un título que permita á los instruidos despreciar á los que no lo son. Nosotras nos burlamos de los salvajes que tienen fe en los fetiches. Pero los fetiches abundan hoy, y millares de personas tribu-

tan á la lectura un culto inmerecido, cuando confunden la afición á la lectura con la instrucción, y la falta de afición á la lectura con la ignorancia.

No, no; los ignorantes no son siempre los que pasan por tales. Y cuando la ignorancia se reduce á la falta de cultura literaria, se comete una doble falta contra el amor fraternal y contra la observación más elemental.

¡A cuántos compatriotas habría que acusar de ignorancia!

Tened presente, que la mayor parte de los franceses están privados de la cultura literaria por sus mismas ocupaciones. Y así es preciso que sea. Empléense los medios que se empleen para lo contrario, jamás podrá llegar á formarse un pueblo de literatos. Esto sería una especie de suicidio, y de los más dolorosos. Conocer á fondo cuánto se relaciona con la profesión de cada cual... ¡oh!, eso ya es otra cosa! Pero el obrero dedicado á rudos trabajos manuales lee poco; el labriego lee bastante menos; les falta tiempo y hasta gusto á esos seres que deben tener los ojos y los brazos ocupados en otros objetos y no en el libro impreso. Su vida está ligada al movimiento, al de la máquina ó al de la savia; está llena de alegrías, de zozobras, de triunfos, de fracasos, de pasiones que nacen de fuentes que no son las del pensamiento escrito, y está fundada en la experiencia, una gran maestra también, que habla al corazón, en voz baja y constantemente. ¡Cuán grande sería nuestra maldad y hasta nuestra necedad si despreciásemos á los que por razo-

nes necesarias no pueden tener la misma cultura que nosotros, y que aunque la tuviesen la olvidarían en seguida!

El hombre que lee poco ó que no lee cumple una misión bienhechora; puede tener la superioridad del oficio; puede elevarse hasta los refinamientos del arte; es, en todo caso, una fuerza inteligente, responsable, digna de respeto, de ayuda y de afecto. En sus cualidades desarrolladas por la práctica de su oficio y no por la lectura, es en la que confiáis. Cuando subís á un automóvil, os gusta que os digan que el *chauffeur* conoce perfectamente su máquina, y os estremeceis ligeramente, y no por pura admiración, si os afirmasen que en aquel momento estaba meditando en la *Divina Comedia*, ó que preparaba una edición comentada de los fragmentos de Anacreonte. Para doncellas buscáis muchachas que sepan bien su obligación, y os inspiraría algunas sospechas el carácter, la exactitud ó la habilidad profesional de la que al ir á pretender vuestra casa, os interrogase sobre el mérito de la última edición de Montaigne ó sobre el de los seis tomos de cartas de Horacio Walpole, publicados por Mr. Paget Toynbee.

El labrador que posee arados de tres rejas, segadoras, trilladoras de vapor, abonos químicos, establos llenos de magníficos animales, pajares bien contruidos y bien provistos, será un hombre que valdrá muchísimo, aun cuando carezca de cultura literaria. Será un hombre superior entre los de su oficio, y esta superio-

ridad excluirá siempre la instrucción general por la lectura. Y ya comprenderéis que el no estimar más que á los que pueden leer, sería condenarnos á despreciar á un número inmenso de personas utilísimas en la vida, y reducir considerablemente el círculo de nuestra fraternidad.

Pero, no solamente sería muy cruel el desprecio que alcanzase á tantos hombres. Resultaría, además, completamente injusto con sólo comparar al hombre que lee con el que no lee, y preguntar á ambos: «¿Qué sabéis del mundo, qué sabéis de la vida?»

Porque no es más rico en ideas el que más ha leído, sino el que ha pensado más. Ahora bien, como los medios de enseñanza son infinitamente variados, y como la vida es, por sí sola, una maestra admirable, resulta que los espíritus sin cultura alguna, los supuestos ignorantes, pueden ser inteligencias portentosas. ¿Á quien no le ha ocurrido escuchar un pensamiento profundo de labios de un hombre que parecía un manzano rechoncho, nudoso, retorcido, de un hombre incapaz del menor refinamiento? Y, en efecto, no eran sino almas incultas. Pero, eran almas, es decir, soberanas de un reino oculto: el campo en que vivimos, los bosques, las casas ó las estrellas. El tesoro del sentido común—que aún no está agotado,—ha sido formado por el trabajo anónimo de esa multitud ignorante. El pueblo está acostumbrado á la observación más exacta; cuenta con siglos enteros para dar autoridad á sus sentencias que la ciencia niega primero y descubre

después; á veces es poeta, encierra en una frase el secreto que durante mucho tiempo ha guardado; es sabio por haber mirado con diez mil ojos, escuchando con diez mil oídos, y por haber vivido la vida humilde y sufrida, entre las injusticias, los choques de amor propio, los escasos favores del vecino, y las alegrías difícilmente defendidas. Comprended esto. Ser incapaz de soportar la vida llena de privaciones, es ya muy triste. Pero, no comprender á los que la viven, no hacerles justicia, eso, en verdad, ya es demasiado.

Yo he conocido muchos hombres y muchas mujeres que habían vivido siempre á dos dedos de la miseria, y que eran tan sabias como Salomón ó como la reina de Saba. Se expresaban medianamente; razonaban de un modo admirable. Sus juicios no se limitaban á lo concerniente á su oficio; conocían el mundo por haber sufrido por él. Lo que decían, llegaba á oídos de los que les rodeaban, y á veces daba fruto, lo mismo que un ejemplo. Sus palabras tenían el peso leve que hace que las semillas vuelen y caigan. Eran sembradores, cosa que no se improvisa. Un día, en Inglaterra, visité una finca inmensa. El propietario me dijo: «Venga usted conmigo hasta aquella casita, en el parque; quiero presentarle á usted á mi intendente»; y mientras que nos dirigíamos á aquella casita de ladrillo obscurecido lo mismo que el castillo, por las brumas de los valles inmediatos, pero embellecido por la hiedra, de hojas menuditas, añadió: «Este hombre es para nosotros un amigo; comenzó por ser guardabosque y

armar trampas en el campo; después ascendió; luego llegó á ser lacayo, primer cochero, mayordomo con todo el personal de la casa á su cargo, y por último hace muchos años, administrador de la finca. Es un hombre que apenas sabe escribir, con letra de imprenta, pero de todo está enterado y yo no hago nada sin consultarle; lady X... hace lo mismo; si muriese, yo tendría que retirarme á un convento.»

¡Y los artistas! Sé muy bien que no se acostumbra á clasificarlos entre los incultos. ¿Pero, cuántos pintores de genio, escultores, y grabadores, no han conocido más que el pensamiento que nace de la luz y que brota del choque de nuestras almas con las cosas? Cuántos no han leído jamás; cuántos no han escrito más que á su madre para decirle: «Estoy bien», á un amigo para darle una cita, ó á un comerciante de cuadros para pedirle dinero! ¡Y sin embargo, sus obras son libros silenciosos é inmensos!

Pero, esta sabiduría en los menos cultos de nuestros hermanos, puede ser aún mayor. La ternura más delicada, la abnegación más sublime la han comprendido millones de seres ignorantes; muchos han vislumbrado más verdades superiores que los redactores de los periódicos y los autores de libros; han rebasado las fronteras científicas; son viajeros que retornan con los ojos aún deslumbrados por la luz que han visto, y que dan lecciones á los grandes y á los pequeños que las necesitan.

No, los ingenuos, los pobres, los ignorantes, no son

necesariamente los necios que tantos novelistas describen unos tras otros, indefinidamente; en todo caso tienen esto en su favor: no han despreciado la luz y la siguen maravillados no bien la perciben. ¡Cuántos hombres instruídos no hacen tanto! Yo, por mi parte, juzgo de la superioridad de las almas por su amor á la Divinidad, ya sepan su nombre, ya lo ignoren. Imagino que la Samaritana del Evangelio no era una intelectual. Había tenido cinco maridos; es de suponer que entre tantos, alguno la habría repudiado. Esta sucesión de esposos fué causa de que la inspirase gran desconfianza la solidez del matrimonio contraído al estilo de su provincia de Samaria. Y por ello había llegado á profesar la teoría del amor libre, ni más ni menos que los literatos más avanzados de nuestros días. Hallábase moralmente, en un estado lamentable, viviendo fuera de la ley, en la más completa ignorancia de toda idea superior, pensando que sería completamente dichosa si el pozo estuviese menos lejos de la ciudad y costase menos trabajo sacar el agua. Hubiese muerto en esta abyección si Cristo no hubiese pasado por ahí. Cuando la habló, trató de mentir, porque era culpable y mujer; cuando vió que estaba enterado de todo, comprendió que era más que un hombre; cuando oyó la palabra perdón, comprendió que era Dios, é inmediatamente se convirtió en el apóstol de la ciudad, é hizo conquistas opuestas á las primeras y por el amor eterno.

¡Ah! cuánto amo yo á esas pobres gentes, no porque